

ROBERTO DE PAZ

El hombre que gritó la Tierra es plana



narrativas

PRÓLOGO I

«LE PROPORCIONAREMOS A CADA CIUDADANO ACOMODADO UNA pequeña ración de caos y desabastecimiento», su frase retumbando en mi cabeza. Se aclara la garganta y me pregunta:

—¿Salvarías al mundo ahora que lo has perdido todo?

PRÓLOGO II

EL INTERIOR DE LA FURGONETA ES UN POCO MENOS FRÍO QUE una nevera. Mi padre guarda un silencio sombrío, todo lo contrario que la noche anterior. Inmóvil, concentrado en mantener el equilibrio, en resistir bajo el peso de su universo. A veces se comporta así, y entonces tengo miedo, porque no hay nada más terrorífico que un padre que calla sin saber qué hacer.

5

Su lista de mentiras es tan larga que resulta evidente incluso para alguien de nueve años. Dice que un amigo suyo llamado Daniel le ha prestado la furgoneta, que iremos al sur en cuanto arregle el motor, que es cuestión de una pieza. Dice un montón de cosas aunque lo más probable es que muramos congelados aquí dentro. Los dos sabemos que el maldito trasto lleva tanto tiempo abandonado que es imposible que vuelva a rodar, pero en lugar de disculparse, de reconocer el engaño, huye hacia adelante, como si mi rito de paso al mundo de los adultos consistiera en aceptar una promesa en vano tras otra.

Si algo le gusta habla de ello sin parar. El entusiasmo le suelta la lengua tanto como el alcohol. Pero todo cambia cuando se ve sin salida.

Para cenar me da lo mismo que la noche anterior: cuatro rebanadas de pan y media tableta de chocolate. Tampoco prueba bocado esta noche. Me muero de frío acurrucado a su lado. Huele a agua estancada en la nevera. Olor a carnicería, bolsas de plástico y hoguera, todo junto, dentro de la furgoneta abandonada que usan los pobres diablos del vecindario.

6

—Solo es una mala racha —me dijo la noche del desahucio—. Mañana vendrá Daniel, pondrá lo que falta y nos iremos. Encontraremos otra casa, una frente al Misisipi. Como Tom Sawyer. Te gustará Nueva Orleans.

Pero Daniel, sea quien sea, sigue sin aparecer cuando comienzan a aporrear la puerta atrancada desde dentro. Alguien nos insulta con voz pastosa de borracho, el eco de sus puñetazos resuena en la chapa. Empiezo a llorar y mi padre sale de su letargo para reengancharse al mundo. Quita la cadena que impide que las puertas se abran, salta a la noche helada y vuelve a cerrar. Todo en cinco segundos.

Cesan los golpes. Escucho palabras superpuestas, tal vez una súplica, el sonido de un cristal al romperse. Luego siete u ocho segundos de silencio en los que me siento el último ser humano del planeta. Finalmente las puertas de la furgoneta se abren con un

chirrido horrible. Mi padre entra envuelto en una bocanada de aire gélido. Retira de dos manotazos los copos de nieve que lleva en los hombros como galones, se sienta de nuevo a mi lado y nadie vuelve a molestarnos. Me duermo acariciando con la punta de la lengua el poco chocolate que me queda en las muelas.

Despierto con el abrigo de mi padre como manta. Han pasado horas o minutos, lo mismo da. Mi padre busca algo en la cartera.

—Tengo una cosa que darte —dice.

—¿Cuánto he dormido?

—Todavía es pronto. Esto es para ti.

Me muestra los dos únicos billetes que tiene en la cartera. Eso es todo.

—Pero no es mi cumpleaños.

—No hace falta que lo sea.

—Gracias.

—Pero hay una regla —dice alejando los billetes un poco.

—¿Qué regla?

—Para coger uno debes ser capaz de quemar el otro.

—Papá...

—Si no, no hay trato.

Miro aquellos dos papeles manoseados que significan tantas y tantas cosas. Hamburguesas, patatas fritas, unas zapatillas... Más chocolate. A la edad de nue-

ve años el dinero es ya una lámpara de Aladino. Cojo el mechero que me tiende y los dos billetes. Me guardo uno de ellos y le miro antes de quemar el otro. Creo que es otra de sus bromas, y me sobresalto como un imbécil cuando la llama prende en el papel, aunque eso es exactamente lo que pasa cuando se acerca fuego a un billete. Que se quema.

—Fantástico —dice—. Es solo papel. Desaparece y el mundo sigue. Fantástico, hijo.

8

Y aplaude.

PARTE I

LOS MUELLES SON HIERROS QUE REBOTAN

10 Wake up, Neo...
Matrix

Nueva York es un estado mental, señorita, aquí no hay mapas.
Mitología de Nueva York, Vanessa MONTFORT

Una teoría es más impresionante cuanto mayor es la simplicidad de sus premisas, cuanto más diferentes son las cosas que relaciona y cuanto mayor es el alcance de su aplicabilidad. De ahí el profundo impacto que la termodinámica clásica ha tenido en mí. Estoy convencido de que es la única teoría física de contenido universal que nunca será refutada dentro del marco de aplicación de sus conceptos básicos.

Albert EINSTEIN

UNO

LO QUE SIGUE ES MI HISTORIA Y SUPONGO QUE UN POCO TAMBIÉN la historia de todos. No es una historia de búsqueda, aunque en ella hay personajes que buscan desesperadamente. Para ser exactos es una historia de anhelos, de ansias de cambio y reencuentros. De incógnitas que dan miedo pero que merece la pena despejar. Es la historia de una idea, de un padre que cuenta historias y de su hijo, y de cómo ese hijo se ve involucrado en el fin de las cosas tal y como las conoce.

11

Demasiadas cosas que contar sin tiempo para hacerlo como es debido. Apenas tengo las horas de la última noche, horas con nombres y apellidos que ahora sí se me revelan valiosas, una grabadora incapaz de hacer preguntas y la esperanza infundada de que nadie tumbará la puerta de este hotel antes de que salga el sol.

Hablo porque la gente tiene derecho a conocer la verdad y los cimientos sobre los que se levanta. Tiene derecho a saber por qué el mundo gira diferente, por

qué se han esfumado la rutina y la comodidad de sus vidas. Hablo para ajustar cuentas con la memoria, para irme con la casa limpia y recogida como las señoras que marchan de veraneo. Hablo sin culpa, pero también sin orgullo.

12

La historia de mi reencuentro con Sara comienza el día de su funeral. Madrid me muestra sus condolencias con un tiempo de perros. El viento agita el elevador mientras asciende con el féretro dentro. Es una plataforma amarilla de las que se utilizan para limpiar fachadas. La manejan dos viejos vestidos con petos fluorescentes y cara de necesitar un trago urgente. Se detiene en la tercera fila de la colmena. Uno de los sepultureros comienza a preparar la masa con la que tapiarán el nicho. Siento rabia. Rabia por la injusticia del mundo, por este cementerio tan mediocre y por la fealdad de sus operarios rechonchos y vulgares. Nunca imaginé su funeral, pero daba por supuesto que sería diferente. Sara se merece algo mejor.

No lloro. Lo intento con toda mi alma sin conseguirlo. Nada me gustaría más que llorar desconsolado, que rendirme a un llanto liberador y sin límite, pero me resulta imposible. Dicen que es frecuente fantasear con el funeral de uno mismo. Te tumbas en el sofá o miras a través de la ventana del autobús, y pien-

sas en quién irá al cementerio a darte el último adiós, en cuánta gente llorará tu pérdida. Cuantas más lágrimas caigan, mejor. Tantos litros, tanto dolor. La única forma conocida de sobrevivir a la muerte es perdurar en la memoria de los demás, y no hay mejor prueba de ello que verlos llorar.

Por eso me atormenta la idea de ser el más entero en el funeral de mi mujer.

Estoy en pie frente a la colmena de lápidas, unos pasos por delante de los demás, con gafas de sol, vestido con uno de los trajes oscuros que utilizo para trabajar. A mi derecha noto la presencia silenciosa de Arturo, un leve contacto entre su brazo y el mío, suficiente para que sepa que está ahí. Hace frío pero me arden las mejillas. Tengo los ojos secos y agrietados como adobe.

Durante un instante creo que todo es una farsa, una pesadilla de la que puedo despertar, que simplemente es el entierro de otra, que puedo escaquearme cuando me dé la gana y que por eso no lloro. Pero al segundo siguiente recupero la consciencia: todo es real e inapelable, es mi esposa quien yace dentro de la caja como una de las Barbie que tanto le gustaban. Me siento morir pero no derramo una lágrima.

Recuerdo a Sara, lo que hemos hecho y lo que nos ha quedado por hacer, aquella vez que con toda su buena intención me regaló un libro infumable de Ray Loriga que dejé al tercer capítulo. La imagino

haciendo preguntas al dependiente, examinando las cubiertas y leyendo las solapas, recorriendo los pasillos de la librería en busca del título que me gustaría más. Por un momento estoy cerca de algo parecido al llanto.

14 Pero un murmullo me devuelve al presente. Noto cómo Arturo abandona de golpe su sitio para ayudar a los sepultureros. El ataúd se ha atascado en la plataforma elevadora y se niega a entrar en el agujero. En ese momento tengo la absurda certeza de que es Sara quien bloquea el avance del féretro, de que sus brazos invisibles se aferran a este mundo que ya no la quiere. Y ocurre como cuando dejas de ofuscarte por ese dato que has olvidado pero que tienes en la punta de la lengua, y entonces lo recuerdas. Bajo la guardia y me dejo llevar. Corro con piernas de trapo hacia los sepultureros que forcejean con mi mujer. Agito el maldito elevador como uno de esos monos dementes que enjaulan en los laboratorios, y de golpe todo comienza a girar. Me falta el aire y noto la cabeza como si llevara doce horas inflando globos de caucho. El volumen del mundo sube y baja bruscamente. Alguien trata de agarrarme pero me zafo furioso, chillo una y otra vez por encima del zumbido de mis oídos hasta que mi cuerpo se rinde y el suelo se acerca a toda velocidad. Alguien me sujeta en el último momento y me dejo sostener como un niño demasiado cansado hasta que llega el fundido a negro.

Me recupero casi de inmediato y el funeral termina sin más sobresaltos. Los asistentes me expresan de nuevo sus condolencias, ignorantes de que tanta compasión no me reconforta en absoluto. Pero hay algo morboso en ese tipo de rituales, en estrecharle la mano lánguida a un viudo joven, en mirar a los ojos a la personificación del dolor. Una larga cola de gente bien educada aguarda su turno.

Somos los últimos en abandonar el cementerio. Arturo, dispuesto a cumplir su papel. Los dos operarios charlan distendidamente en el *parking*. Me ven y agachan la mirada con profesionalidad, obviando que haya intentado derribarlos desde una altura de tres metros. Arturo saca las llaves del coche y aprieta el mando. Vamos a casa, dice. Escucho el sonido del cierre centralizado mientras me doy media vuelta.

—Espérame aquí, voy al baño —digo sin dejar de andar.

—Te acompaño.

—Estoy bien, solo quiero mear. Ve arrancando.

Vuelvo a cruzar la puerta metálica y empiezo a correr por el pasillo central. Giro a la derecha hasta la valla tapizada de arizónicas que delimita el perímetro del cementerio. Busco un hueco entre la vegetación para trepar por la alambrada. Llego a la cumbre exhausto. Paso la pierna derecha, luego la izquierda y quedo colgando con las manos magulladas a dos o tres metros sobre el suelo. Me dejo caer. Sacudo el polvo del

traje y echo a andar en dirección opuesta al coche de Arturo.

16

Me pierdo en el metro durante dos o tres horas. Cuando salgo en Embajadores hace un buen rato que llueve a juzgar por los charcos oscuros sobre la acera. El cielo es de un gris apocalíptico y mi corbata intenta huir por encima del hombro. Subo la Ronda de Valencia en dirección a Atocha sin paraguas. Llevar paraguas siempre me ha hecho sentir estúpidamente adulto. Me detengo al llegar a la esquina con la calle Amparo frente al escaparate de la chatarrería. Debe de llevar cerrada años. Recuerdo que de chaval jugaba durante tardes que parecían eternas a buscar metales por el barrio. Peinábamos las calles de Lavapiés a la caza de cachivaches y tuberías sacadas de algún edificio en obras, y en la chatarrería de la calle Amparo siempre nos daban algo de calderilla a cambio. Metal por metal, pienso, y cualquier otro día me hubiera felicitado por la asociación de ideas. Continúo calle arriba. Me cruzo con un par de tipos de mediana edad y buen aspecto que predicán el advenimiento inminente del Señor.

Doscientos metros más adelante mis pies vuelven a detenerse, esta vez frente a la tienda de muelles de mi abuelo. La Casa del Muelle, leo como el que lee la piedra Rosetta, y un mar de información se desata dentro

de mí. Me pregunto si he llegado hasta aquí de forma inconsciente, por casualidad, pero saco el manojito de llaves del bolsillo antes de responder. Lluve a mares y no me atrevo a volver a casa.

El mecanismo del candado funciona como el primer día. Empujo la rejilla metálica hacia la derecha lo justo para poder pasar y el metal oxidado chirría. Giro despacio el pomo y la puerta cede sin dificultad, como si me estuvieran esperando. Dentro la atmósfera es densa, una bolsa de gas intacta desde hace años. Olor a almoneda y yeso mojado. Busco a tientas el cuadro de la luz y subo el interruptor. Un par de bombillas devoradas por el polvo y las telarañas reviven con pereza. A duras penas iluminan medio local, pero los contornos de los muebles me resultan familiares.

La población entera de Madrid podría haber desaparecido por culpa de una pandemia mortal, y la tienda seguiría intacta, lista para funcionar después de una buena limpieza. El local es grande, de techos altos y paredes pintadas de verde oscuro con molduras de escayola. El ancho mostrador de madera que construyó el señor Antonio continúa dispuesto de lado a lado del establecimiento. Me acerco para contemplar el orgulloso trozo de roble maltrecho por la carcoma. Soplo suavemente sobre el polvo y distingo lo que parece una multiplicación escrita con tiza sobre el mostrador.

Entonces me veo sentado, unos años antes, en una banqueta comiendo un trozo de pan con chocolate. En la radio suena música española. Mi abuelo atiende a un cliente trajeado. Envuelve en papel de periódico un muelle del tamaño de un brazo adulto, se pone sus gafas de cerca, coge un trozo de tiza y garabatea la cuenta sobre el mostrador mientras mueve los labios. El cliente paga y se marcha. Mi abuelo guarda el dinero debajo de la caja y viene hacia mí. Se arrodilla y planta su rostro arrugado frente al mío. Geppetto mirando a Pinocho. Me dice que lo esencial es ser honesto, es lo que más valoran los clientes. Y la forma de transmitir honestidad es hacer las cuentas bien grandes y a la vista.

18

Alguien aporrea el claxon y abandono el recuerdo de mi abuelo y sus mangas machadas de tiza. Me meto detrás del mostrador. Diez enormes estanterías se alzan cinco metros sobre el suelo de cerámica hasta tocar el techo, todas colmadas de los muelles con los que mi abuelo se ganó la vida. Muelles de compresión, de tracción y de torsión, helicoidales y cónicos, grandes y diminutos, para mecanismos de relojes y armas de fuego, para somieres y máquinas registradoras, para bolígrafos y automatismos de riego, muelles enormes para frenar la caída de ascensores, para la suspensión de trenes o automóviles, cada uno con su diámetro, con su longitud, con su propia resistencia a la presión. Centenares de tipos de hierros perfec-

tamente etiquetados y almacenados en diez estanterías que me siguen pareciendo tan enormes como cuando era niño.

Cuánto le gustaban los muelles a mi abuelo, que antes que vendedor fue coleccionista. Mantener el almacén abastecido a la última fue su única pasión, lo único capaz de desviarle de su rígida norma de seriedad y privaciones. Arturo me contó una vez que no siempre había sido así, que mi abuelo cambió cuando mi abuela murió de tuberculosis. Furioso con el mundo decidió evadirse de todo, desprenderse de todo lo prescindible. De la felicidad, de la alegría, de los demás. Se convirtió en un hombre de carácter agrio y modales fríos, incapaz de expresar sus sentimientos, en un ermitaño que llegó a vivir durante meses en su querido almacén, durmiendo sobre un fino colchón en el suelo, con goteras aquí y allá, entre paredes enmohecidas, limitándose a trabajar y luego, una vez concluida la jornada, a mirar a través de los cristales de la tienda cómo Madrid le escupía su vitalidad a la cara, cómo los viandantes subían y bajaban con un lugar al que ir y un lugar del que venir, muchos de ellos acompañados, casi todos con una persona querida a la que ir a buscar al trabajo o con la que cenar en casa. Los muelles como metáfora de una vida dura, retorcida y fría, destinada a recibir golpes. Los muelles como únicos destinatarios de su afecto, de sus dispendios económicos.

La tienda parece tan antigua como las entrañas de la ciudad, un lugar arcano y misterioso para salvaguardar la diversidad de esos humildes hierros que hacen funcionar infinidad de objetos cotidianos. Miro la colección de muelles y trato de imaginar el esfuerzo humano que representa. Desde el talento creativo del ingeniero que los diseñó hasta el sudor del minero que arrancó el metal de la roca, desde el operario que fundió y moldeó el hierro en forma de espiral hasta el transportista que los llevó a la tienda, más todas las horas y horas muertas necesarias para que se hayan cubierto de tantísimo polvo. Es terrible lo inútil que termina siendo todo.

Las gafas de ver de cerca de mi abuelo descansan en el escritorio donde llevó la contabilidad durante décadas, junto al cerco de uno de los vasos de vino que se ventilaba sin miramientos. Junto a las gafas, la pila de periódicos amarillos y frágiles como papiros con los que envolvía lo que despachaba. Veo retratos de gente con ropas y peinados pasados de moda, noticias que debieron de ser importantes, anuncios a toda página de artilugios obsoletos, titulares en la sección de deportes escritos en clave épica y trascendental. Desisto de mirar la actualidad muerta como el que prueba una fruta amarga. Abro el único cajón del escritorio y encuentro un sobre marrón, acolchado, con un extremo abierto. Lo vacío sobre el escritorio y su contenido me golpea con fuerza.

Hay un taco de albaranes de envío de mercancía y hojas de pedido. También papeles emborronados con notas en inglés, y un mazo de naipes. El inicio del ensayo que mi padre tenía pensado escribir y su inseparable baraja de cartas. De repente el puñado de objetos me hace retroceder en el tiempo. Objetos que son el único nexo con una parte de mi vida, huellas de mi paso por una familia, indicios de que mucho tiempo atrás formé parte de algo. Y entonces recuerdo a mi padre y, como si se tratara de un transformista de mil caras, veo a un escritor, a un excéntrico, a un escapista, a un asesino.

